

PRIMERA SERIE

I.^a—FIN DEL HOMBRE.

PRELUDIO 1.^o Representémonos á Dios á manera de un mar inmenso, del cual salen las criaturas, y vuelven á Él como á su centro.

PRELUDIO 2.^o Píde la gracia de conocer el fin de tu creación.

Punto 1.^o *Fin que nos ha señalado Dios al crearnos.*—En este punto has de traer á la memoria el fin para que fuiste criado, que es para alabar, reverenciar y servir á Dios, y por este medio salvar tu alma. Así lo dice san Pablo, escribiendo á los Romanos ¹: «Tenéis por fruto la santificación, y por fin la vida eterna». Pondera aquí cómo la infinita majestad de Dios, que no tiene necesidad de sus criaturas, no por tus merecimientos, sino por sola su bondad, te crió á su imagen y semejanza ², no para que vivieses á tus anchuras, siguiendo tus antojos, ni para que buscases honras ó dignidades, riquezas ó regalos, ó alguna otra cosa criada, sino para que le reverenciases y alabases, para que le amases y obedecieses en esta vida mortal, y después alcanzases la vida eterna. Bastaba, ciertamente, darte por fin el que tu naturaleza pedía; pero no se contentó Dios con esto, sino, por sola su misericordia, te ordenó y levantó á otro fin más alto y soberano, que es verle claramente y gozarle, y ser bienaventurado como lo son los ángeles, y como lo es Él mismo, conforme á lo que dijo san Juan ³: «Seremos en la gloria semejantes á Dios, porque le veremos como Él es». Mira luego cuán mal has pretendido este fin en la vida pasada, viviendo como si fueras criado, no para servir á Dios, sino para servir á tus gustos, y buscar honras, regalos y riquezas, haciendo por esta causa innumerables pecados, como si el fin de tu creación hubiera sido, no la santidad ⁴, sino la inmundicia; no la libertad de espíritu, sino la libertad de carne; y considerando esto, debes excitarte á afectos de admiración viendo lo que ha hecho Dios, y de confusión viendo lo que tú hiciste. ¡Oh caridad inmensa de nuestro soberano Dios! ¿Qué es, Señor, lo que hacéis? ¿Á un gusanillo tan vil como el hombre levantáis á un tan alto fin? ¿Queréis que este pedazo de barro con inclinaciones tan desordenadas y rebeidès llegue á participar de vuestra misma gloria? Bendita sea vuestra infinita misericordia, y os alaben los ángeles por tan soberana merced.

¹ Rom., vi, 22. — ² Gea., i, 26. — ³ I Joan., iii, 2. — ⁴ I Thes., iv, 7.

Mas, ¡oh qué miseria la nuestra! ¡Cuán ciegos y errados hemos andado en lo que más nos importaba saber! ¡Cuán ingratos hemos sido á quien nos crió para tan alto fin, y cuán mal hemos correspondido á quien tanto bien nos hizo! Pero ¿qué haremos en adelante? ¿Conocemos nuestro fin? ¿Procuraremos conseguirlo?

Punto 2.º *Medios que nos otorgó el Señor para alcanzar el fin.*—Aquí has de considerar los medios innumerables é inapreciables que Dios te concedió para que con ellos alcanzases el fin de tu creación. Estos medios, unos son naturales, otros sobrenaturales y otros divinos. Los naturales son, ya internos, y abrazan todas las facultades y potencias de tu alma y cuerpo, los cuales son otros tantos instrumentos para conocer, amar y servir á Dios; ya externos, y comprenden todas las criaturas sensibles que para tu bien se dignó Dios criar y conserva. En ellas se descubren las perfecciones divinas, ellas demuestran el amor que te profesa, ellas aumentan y acrecientan tus fuerzas y te dan ejemplo de cómo has de servirle, según lo que dice el Profeta ¹: «Por su orden persevera el día, porque todas las cosas le sirven». Pondera luego los medios sobrenaturales que el Señor ha puesto á tu disposición para que te ayudasen á servirle. Por ti inspiró los libros sagrados ², obró grandes milagros, estableció admirables Sacramentos, fundó la Iglesia, dotándola de infalibilidad en la doctrina, de autoridad para mandar y de su perpetua asistencia. ¡Con cuánta abundancia te ha comunicado su divina gracia! ¡Qué ilustraciones tan claras en tu mente! ¡Qué inspiraciones y piadosos movimientos tan fuertes y suaves en tu voluntad! ¡Cuántos documentos, ejemplos y auxilios te depara diariamente! Pero mira los medios divinos que te ha preparado. No se contentó con darte un ángel que te guardase. Él mismo, siendo el Dios de la majestad y tu último fin, se ha querido hacer medio y bajar á la tierra, para que nosotros subiésemos por su medio al cielo. Por cuyo motivo te dice ³: «Yo soy el camino, verdad y vida. ¡Oh Dios de misericordia! ¿qué más podíais hacer por la ingrata viña de mi alma, que no hicierais ⁴? ¡Y con todo, ella, en vez de frutos, os ha dado agraces! Lo que Vos le dabais para su bien, ella lo empleaba para haceros mal. ¿De cuál de los medios recibidos para su salvación, no ha abusado para su condenación? ¡Oh, Señor! No apartéis de nosotros vuestra misericordia, indignado por nuestras maldades. Y tú, cristiano, ¿seguirás abusando de lo que te ha dado el Señor? ¿No emplearás en su servicio los bienes naturales y sobrenaturales que has recibido? ¿Qué resoluciones debes hacer para esto?

Punto 3.º *Consecuencias de alcanzar ó no alcanzar el fin.*—En este punto has de considerar las consecuencias que necesariamente se han de seguir de trabajar ó no trabajar para

¹ Psalm. cxviii, 91. — ² II Tim., iii, 16. — ³ Joan., xiv, 6. — ⁴ Isai., v, 4.

la consecución del fin. Pondera primeramente el daño que se te seguirá si le pierdes, pues no hay ni puede haber mayor pérdida que perder el alma, perder la divina gracia, perder la paz y la alegría de la conciencia y perder la bienaventuranza, con lo cual anda junta la eterna condenación y la pérdida del mismo Dios. Pues, «¿qué te aprovechará ganar todo el mundo, si pierdes tu alma ¹», y á Dios, en cuya comparación el mundo es nada? Por el contrario, si alcanzas este fin, alcanzas la posesión del mismo Dios, salvarás tu alma, tendrás paz y alegría de corazón, serás amparado de la divina Providencia, hallarás quietud y descanso perpetuo, como le hallan todas las cosas en su fin y centro. Pues siendo esto así, como lo es, alientate á buscar el fin para el cual Dios te crió, y pon en esto todos tus cuidados, pues no hay cosa que más te importe. Si sirves á Dios, ¿qué más quieres? Si tienes á Dios, ¿qué más buscas? Si Dios es tu posesión, ¿qué te falta? Dale gusto en pretenderle, y confía de alcanzarle, porque ama á sus criaturas, y gusta que alcancen el fin para que las crió. ¡Oh Dios infinito, centro de mi alma! Convertidme á Vos, para que descance, pues me criasteis para Vos, y mi corazón estará inquieto hasta que llegue á Vos! ² ¡Oh Padre Eterno!; pues me criasteis para que os amase como hijo, dadme gracia, por quien Vos sois, para que os ame como á Padre. ¡Oh Hijo unigénito!; pues me criasteis y redimisteis para que os obedeciese é imitase, ayudadme para que llene cumplidamente vuestros deseos. ¡Oh Espíritu divino!; ya que por vuestra bondad me criasteis para que fuese santo, concededme que lo sea para gloria vuestra. Y tú, alma fiel, ¿comprendes las consecuencias que se seguirán si no alcanzas tu fin? ¿Qué debes hacer para obtenerlo? ¿Qué has hecho hasta ahora?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dignación infinita de Dios! Sin tener ninguna necesidad de nosotros, por sola su bondad y deseo de hacernos bien, nos ha criado á su imagen y semejanza, para que le amásemos, alabásemos y sirviésemos en este mundo, y después le gozásemos en el cielo, disfrutando de su misma felicidad infinita y de la dicha de los ángeles. ¡Oh, cuántos y cuán soberanos medios y auxilios ha puesto á nuestra disposición, para que se nos facilitara la adquisición de nuestro último fin! Gracias y dones naturales y sobrenaturales, propios y extraños, internos y externos, terrenos y celestiales, humanos y divinos. ¿Qué más debía hacer este benignísimo Señor por nuestra alma que no lo haya hecho? Y, con todo, nosotros, ingratos á tantos beneficios, los hemos disfrutado sin dar una mirada siquiera de agradecimiento al Señor que nos los daba, y sin servirle como Él pretendía. Mas, ¿qué haremos desde hoy? ¿Deseamos tener paz, reposo, alegría en este mundo, y la gloria en el otro? Tra-

¹ Matth., xvi, 26. — ² S. August.

bajemos por alcanzar nuestro fin. ¿Queremos que nuestra alma disfrute de las delicias y de la tranquilidad más constantes? Busquémoslas en Dios que es su centro. Y si hasta el presente no lo hemos hecho, hora es ya que formemos propósitos muy firmes y acomodados al actual estado en que se halla, y pidamos fortaleza y voluntad para cumplirlos, rogando al propio tiempo por la conversión de los pecadores y demás necesidades que tenemos encargadas.

2.^a—FIN DE LAS CRIATURAS.

PRELUDIO 1.^o Representémonos á Dios mirando todas las criaturas, después de haberlas criado, y diciendo que son buenas.

PRELUDIO 2.^o Pidamos la gracia de estar indiferentes en orden á las criaturas, y de usarlas del modo que quiere Dios.

Punto 1.^o Fin de las criaturas.—En este punto has de considerar el fin para el cual fueron criadas todas las cosas que hay en la tierra fuera del hombre, el cual no fué otro sino para que le ayudasen á conseguir el fin último de su creación, tomándolas por medio para servir á Dios y salvarse, según lo que dijo de su pueblo el real Profeta ¹: «Dióle Dios las regiones de las gentes, y poseyeron las haciendas de los pueblos para que guarden sus santos mandamientos y busquen su santa ley». Pondera aquí primeramente cuán generoso se ha mostrado Dios con el hombre en criar tanta muchedumbre de criaturas tan bellas y maravillosas por su respeto, y no sólo crió las necesarias para conservar su vida, sino otras muchas para su regalo y entretenimiento, y para recreación de su vista, oído, olfato, gusto y tacto. Pondera también otro fin que se ha propuesto el Señor en la creación de todos estos seres visibles, que fué para que por ellos conocieses las excelencias y perfecciones del Criador, y le amases de todo tu corazón ²; y así puedes imaginar que cada uno te está dando voces, diciendo: «Esta perfección que tengo, mejor está en Dios que en mí: Él me la dió, conócele, ámale, y usa de ella por su servicio». Considerando todo esto, has de moverte á dar infinitas gracias al Señor, ya por el bien que hizo á estas criaturas, ya por el mayor bien que en ellas te hizo á ti, pues por tu respeto lo hizo á ellas. ¡Oh Dios de bondad! Gracias os doy por el ser que dais á los cielos y á los elementos, á los animales y á las plantas, y á los demás cuerpos de la tierra. Gracias os doy por la hermosura de los colores, por la suavidad de los sonidos, por la apacibilidad de los olores, por la dulzura de los manjares, por la blandura de los vestidos, y por todas las cosas que recrean mis cinco sentidos, pues las criasteis para mí, y para que os alabase y sirviese

¹ Psalm. civ, 44. — ² Sap., xiii, 5: Rom, i, 20.

con ellas. Pues ¿cómo servimos á Dios, que tanto bien nos ha hecho? ¿Empleamos en su servicio las criaturas? ¿Nos valemos de ellas para conocer, amar y glorificar al Criador?

Punto 2.^o Las criaturas cumplen perfectamente su fin.—Considera en este punto cuán bien cumplen las criaturas el fin para que Dios las crió; porque ellas no se cansan de servir y regalar al hombre, porque Dios se lo manda. El sol nos alumbrá y da calor; el aire purifica la atmósfera; los alimentos nos nutren; las medicinas nos curan, y todos los animales están subordinados al hombre, el cual llega á servirse de todos ellos para su provecho. Por el contrario, reflexiona sobre tí mismo, y verás cuán mal has cumplido y cumples con tu fin respecto de ellas, porque, en vez de usar de ellas para servir á Dios, te has valido de las mismas para ofenderle, poniendo en ellas tu último fin, como si fueras criado para gozar de ellas, haciendo fin de lo que era medio. Discurre por tus cinco sentidos, y hallarás para tu confusión que han estado amancebados con las criaturas, usando de ellas sólo por su deleite, y no para glorificar á Dios. Por lo cual justamente merecías que nuestro Señor te las quitara, y que librara, como dijo por Oseas ¹, su trigo y su vino, su lino y lana de la servidumbre que padecen en tu poder, aprovechándote de ellas contra su inclinación, para ofender á su Criador. ¡Oh Criador justísimo! ¿cómo no habéis hecho justicia del que tal agravio hizo á vuestras criaturas, usando de ellas contra Vos? ¡Ay de mí, cuán ingrato he sido á vuestros soberanos beneficios, pues lo que me disteis para serviros, lo convertí en ocasión de ofenderos! ¿Cómo habéis tenido, Dios mío, tanta paciencia conmigo? ¿Por qué no habéis permitido que vuestras criaturas, que yo convertía en cebo de mis pecados, fuesen instrumentos de vuestra justicia para mi castigo? Mas ¿qué haremos en adelante? ¿Cómo nos serviremos de las criaturas?

Punto 3.^o Indiferencia en que hemos de estar en orden á las criaturas.—En este punto has de reflexionar sobre la conclusión práctica que se sigue de lo dicho; es á saber: que has de estar indiferente acerca del uso de las criaturas, sin tener la voluntad aficionada á ellas, no queriendo más de lo que te ayudare para servir á tu Criador y alcanzar el fin de tu creación, procurando cuanto es de tu parte no querer más riqueza, que pobreza; honra, que deshonra; salud, que enfermedad; vida larga, que corta, sino solamente lo que de esto más te conviniere para la salvación; pues que en buena prudencia cae no tomar de los medios más de lo que conviniere para alcanzar el fin, como de la medicina no se toma más cantidad de la necesaria para la salud. Con esta consideración has de entrar dentro de tu corazón y hacer anatomía de las inclinaciones y aficiones desordenadas que tiene

¹ Osee., ii, 9.

á las riquezas, honras y regalos; á los padres, deudos y amigos, y á su propia salud y vida, procurando mover la voluntad á que quiera mortificar la demasía en el amor de las criaturas, confiando en la divina Providencia, que acude con más cuidado á los que totalmente se resignan en sus divinas manos¹, y recordando la promesa de Jesús, que dijo²: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.» Mas como no puedes por tus fuerzas obtener este total desprendimiento, has de pedirlo con fervor al Señor. ¡Oh Dios mío! Confieso que mi corazón está muy pegado y asido á las criaturas con amor desordenado; y pues soy tan miserable que puedo asirme á ellas, y no puedo desasirme, favoreced con vuestra omnipotencia mi flaqueza, destruyendo esta trabazón, y arrancando de mí este desordenado amor, para que os ame y sirva con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Mas para esto, ¿qué aficiones debo mortificar? ¿Á qué cosas siento mi corazón inclinado? ¿Cómo he de mortificar esta afición?

Epílogo y coloquios. ¡Qué riqueza, abundancia y preciosidad de criaturas ha creado el Señor para nuestro sustento, alivio, reposo, salud y deleite! En el firmamento, el sol y los planetas; en la tierra, infinita variedad de árboles, arbustos, animales y aves; en el mar, riquezas inconcebibles é innumerables habitantes. Todo esto ha hecho Dios para bien del hombre, para que por medio de estas cosas le sirva, agrade y contente, y para que en ellas, como en un terso espejo, descubra el hombre algunas de las infinitas perfecciones, que de un modo eminente se reúnen en su Majestad. ¡Cuán bien cumplen estas criaturas irracionales ó insensibles el cometido que les ha señalado el Criador! No parece sino que de cada una puede decirse lo que decía David³: «Puso el Señor precepto, y no fué traspasado.» En cambio, para confusión nuestra, tal vez hemos de reconocer que cuanto mayor ha sido la fidelidad de las criaturas para con su Criador, tanto más grande ha sido el abuso que de ellas hemos hecho, poniendo en unas el corazón con desorden, prefiriendo otras al mismo Dios, y depositando en otras nuestro último fin. Pues ¿qué hacemos? ¿Hasta cuándo seremos pesados de corazón⁴, amando la vanidad, y buscando con afán la mentira? ¿Por qué no vivimos desprendidos de las criaturas? Escudriñemos los senos de nuestro corazón, y si alguna afición desordenada hallásemos, extirpémosla con eficaces propósitos y fervientes súplicas, rogando por nosotros y por los demás.

¹ 1 Petr., v, 7. — ² Matth., vi, 33. — ³ Psalm. cxlviii, 6. — ⁴ Psalm. iv, 3.

3.^a—PECADO MORTAL: SU GRAVEDAD.

PRELUDIO 1.^o Representémonos á nuestra alma enferma y cubierta de llagas, y encerrada en la cárcel del cuerpo.

PRELUDIO 2.^o Pidamos luz y gracia para conocer la gravedad del pecado y detestarlo íntimamente.

Punto 1.^o Grandeza de Dios á quien se ofende.—En este punto has de considerar cómo, siendo el pecado una ofensa de Dios, su malicia será tanto mayor, cuanto más grande y perfecto es el Señor ofendido, y en consecuencia infinita. Para sentir más vivamente esta verdad, pondera las infinitas perfecciones de Dios, contra las cuales va directamente el pecado. Su bondad le hace infinitamente amable sobre todas las criaturas, y si fueses capaz de tener un amor infinito, todo se lo debías; y es tan grande esta bondad, que no es posible verla claramente sin amarla con sumo amor, como lo hacen los bienaventurados. Por su inmensidad, junto con su sabiduría, está presente á todas las cosas, y todo lo ve, y observa, y penetra; y en el mismo instante en que pecas estás dentro de aquella inmensidad llena de ojos, provocándola á enojo, asco y vómito¹, porque sus ojos² no pueden mirar la maldad. Su omnipotencia es tal, que da el ser á todas las criaturas, y en un instante las puede privar de él; y sin su concurso nada puedes hacer, ni ver, ni oír, ni hablar, ni menear pie ni mano; y cuando pecas, te ayudas de su omnipotencia para hacer aquello que le da disgusto. Considera luego los infinitos beneficios que de Dios has recibido, por los cuales merece justamente el título de Bienhechor soberano. Él te ha criado, conserva y gobierna, dándote todos los bienes de cuerpo y alma que posees, los cuales son tantos, que ni tú mismo puedes conocerlos. Él te ha redimido, encarnándose y sometiéndose á toda suerte de penalidades, para librarte de la extrema miseria en que se hallaba tu alma. Él te ha santificado, preparando para ti los Sacramentos, sacrificios y demás medios de santificación. Meditando todo esto, admírate, por una parte, de la excesiva bondad de Dios contigo, y de tu extremada ingratitud con Él. ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Cuán más justo sois vos que yo, porque vos no cesáis de hacerme misericordias, y yo no ceso de haceros ofensas! Vos, pudiéndome quitar el ser y la vida, no lo hacéis, y yo, no pudiendo quitároslo, cuanto es de mi parte lo intento. Perdonad, Señor, mi desagradecimiento, y ayudadme con vuestra copiosa gracia para que no torne á caer en tan horrenda miseria. ¿Cómo no lloro al ver estos mis pecados? ¿Qué haré para evitarlos?

Punto 2.^o Vileza del hombre que ofende á Dios.—Aquí

¹ Apoc., iii, 16. — ² Habac., i, 13.

has de meditar la extremada vileza y miseria del hombre que se atreve á pecar contra Dios y á ofenderle descaradamente. En cuanto al cuerpo, su principio es el lodo y su fin el polvo ¹, su carne es como flor ² y heno que presto se marchita, y su vida es un soplo y vapor que presto se pasa; y con ser tan breve, está llena de innumerables miserias ³, de las cuales sin los auxilios de Dios no puede librarse. ¡Qué locura, sabiendo todo esto, entretenerse en ofender al único poderoso Remediador! En cuanto al alma, ha sido criada de la nada, y de su cosecha nada puede, nada vale, nada merece, y si Dios no la asistiese, al instante se volvería á la nada de donde salió. Además, ha sido concebido en pecado, y vive expuesto á innumerables caídas, las más humillantes, y sin los auxilios de Dios caería en los más horribles precipicios, haciéndose inferior á los mismos brutos, dejándose arrastrar de los apetitos desordenados que le hacen cruda y constante guerra, y á los cuales no podría resistir. Pondera luego lo que es el hombre y eres tú comparado con el Señor á quien ofendes pecando. ¿Qué eres comparado con todos los hombres del mundo? Poco más que nada; como una gota de agua comparada con el Océano, como un grano de arena comparado con todos los montes. ¿Qué son todos los hombres y ángeles comparados con Dios? Son como si no fuesen, dice Isaías ⁴; nada, una cosa vacía y sin substancia. Pues ¿qué serás tú en la presencia de Dios? ¿Qué será tu ciencia, tu virtud, tu poder, tu discreción, fortaleza, hermosura y todo cuanto tienes, en comparación de lo que tiene Dios? ¡Oh loco y miserable de mí! ¡Siendo tan vil y despreciable, me he atrevido á despreciar á Dios y ofenderle con tantos pecados! ¡Oh Dios inmenso, en cuya comparación soy como si no fuese! Por la infinita excelencia de vuestro ser, os suplico perdonéis mis pecados, y me deis luz para que conozca la vileza en que por ellos he caído; concededme que me aborrezca y desprecie, y me tenga en menos que nada, y haga penitencia, como Job ⁵, en ceniza y en pavesa, teniéndome por tal en vuestra presencia. ¿Cómo piensas de ti mismo? ¿En qué concepto te tienes? ¿No te avergüenzas de haber despreciado á Dios, pecando?

Punto 3.º *Gravedad del pecado por sus castigos.*—Considera aquí con pavor los terribles castigos que vienen por el pecado. El pecado destruye las haciendas, quitándolas Dios á los pecadores porque usan mal de ellas, como despojó á los egipcios de sus joyas y á los cananeos de sus tierras. El pecado destruye la honra, porque quien pretende quitar la honra á Dios, merece perder la suya, como la perdieron el sacerdote Helí y sus malvados hijos. El pecado destruye el cetro y el imperio, quitándolos Dios á los que abusan de ellos, como Saúl ⁶ y Nabucodonosor ⁷,

¹ Genes., iii, 19. — ² Isai., xl, 6: Jacob, iv, 15. — ³ Job, xiv, 1 — ⁴ Isai., xl, 17.

⁵ Job, xlii, 6. — ⁶ 1 Reg., xiii, 14. — ⁷ Dan., iv, 22.

y es justo que no tenga mando en la tierra el que no se rinde al Rey del cielo y tierra. El pecado destruye la salud, castigándolo Dios con multitud de enfermedades, llagas de pies á cabeza ¹, dolorosas y asquerosas, porque no merece tener sano el cuerpo el que tiene enferma el ánima. Destruye el contento y la alegría, causando tristeza mortal que seca los huesos y da una vida peor que la misma muerte. ¡Oh cuán amargas son las consecuencias del pecado! Pondera también los espantosos castigos generales y particulares que Dios ha enviado por causa de él. Mira en particular á Lucifer y á todos sus secuaces, cayendo con desesperación y desorden del cielo, empujados por la mano del Altísimo ²; á los dos primeros reyes del mundo, Adán y Eva ³, saliendo avergonzados del paraíso y llorando su desgracia; al mundo cubierto de un diluvio; á las ciudades nefandas abrasadas por horrible incendio; á los israelitas pereciendo á millares en el desierto por los pecados, y, sobre todo, al Hijo de Dios muriendo entre espantosos tormentos en el Calvario por los pecados que no ha cometido. ¡Oh Dios infinito en misericordia y bondad! ¿qué será el pecado, y cuán enorme su gravedad, cuando Vos, infinitamente bueno y misericordioso, con tal rigor lo castigáis? Alumbrad mi entendimiento para que descubra su malicia y lo deteste con toda mi alma, y esté dispuesto á perderlo todo y á sacrificarlo todo antes que cometerlo. ¿Qué juicio formamos del pecado? ¿Comprendemos su gravedad? ¿No nos espantan los castigos que por él Dios ha enviado?

Epílogo y coloquios. ¿Quién podrá comprender toda la malicia que encierra el pecado? Aunque tuviéramos el entendimiento de todos los espíritus angélicos, no seríamos capaces de comprenderla. El pecado es una ofensa de Dios, y sería preciso comprender la grandeza del Señor para comprender la malicia del pecado. Un vil gusanillo nacido del polvo, y condenado al polvo en cuanto al cuerpo, y la nada y la culpa en cuanto al alma, osa levantar su altiva mirada contra un Señor inmenso que le ve y sostiene, infinito en bondad, en poder y en toda clase de perfecciones. ¡Oh locura! ¡Oh insensatez! ¡Oh ingratitud! Dios le da la vida, y él intenta quitarla al mismo Dios; Dios le llena de beneficios, y él llena á Dios de insultos; Dios le da su propia sangre y vida para hacerle feliz, y él derrama la sangre de Dios con horribles tormentos; Dios en cierto modo agota su sabiduría infinita para inventar medios para hacerle bienaventurado, y él no cesa de inventarlos para perseguir, injuriar y ultrajar á Dios. ¿Qué castigos bastarán para expiar tan enorme ingratitud? Justo es que pierda la hacienda, honra, poder, salud y contento quien de todo abusa para ofender al que se lo dió. Y tú, al considerar

¹ Isai., i, 6. — ² Isai., xiv, 15: Luc., x, 18: II Petr., ii, 4: Apoc., xii, 9.

³ Genes., iii, 7.

esto, ¿no lloras tus pecados? ¿No propones evitarlos en adelante? ¿No tratarás de hacer penitencia? Mira lo que en vista de esto has de proponer, y, conociendo tu miseria, pide auxilio al Señor para cumplir tus propósitos, pide por los pecadores y por todo el mundo.

4.^a—CASTIGO DE LOS PECADOS.

PRELUDIO 1.^o Representate á Lucifer y á sus ángeles cayendo del cielo, y abrasándose rabiosos en ardientes llamas.

PRELUDIO 2.^o Pide la gracia de conocer los castigos que ha merecido el pecado y temor vivo de cometerle.

Punto 1.^o *Pecado y castigo de los ángeles.*—Considera cómo los ángeles fueron criados por Dios en el cielo empíreo, llenos de sabiduría y gracia; pero usando mal, algunos de ellos, de su libre albedrío, se ensoberbecieron contra su Criador, por lo cual fueron echados del cielo, y arrojados en el infierno¹. Sobre esta verdad has de ponderar cuán generoso fué Dios con los ángeles, á quienes crió á su imagen y semejanza, y adornó con nueve preciosísimas piedras²; porque les hizo purós espíritus, sin mezcla de cuerpos, inmortales, intelectuales, libres, sabios, poderosos, santos, moradores del paraíso, y capaces de verle claramente en la gloria. ¡Qué riqueza! Mira luego cuán ingratos fueron algunos de ellos contra Dios, envaneciéndose con estos dones, y haciendo de ellos armas contra quien se los dió, no dándole la reverencia ú obediencia que debían darle con humildad, empleando su libertad y fuerzas en ofender á quien por tantos títulos debieran servir. Pondera, por fin, cuán terrible se mostró Dios en castigarles luego, sin darles lugar de penitencia, privándolos por aquel solo pecado de los dones de gracia que les había concedido, y arrojándolos como rayos desde el cielo á los fuegos eternos del infierno³, sin tener respeto ni á la hermosura de su naturaleza, ni á la grandeza de su estado, ni á que eran criaturas suyas hechas á su imagen y semejanza, ni á que eran muy sabios, ni á que habían sido sus amigos; porque un solo pecado mortal basta para obscurecer todo esto, y es digno de tan terrible castigo. Vuelve ahora sobre ti mismo los ojos, y mira cuán generoso ha sido Dios contigo, y cuán ingrato tú con Él; si Él te hubiese tratado con el rigor que á sus ángeles, mil veces habrías caído en los horrores infernales. ¡Oh Dios de las venganzas! ¿Por qué habéis usado conmigo de tanta misericordia? ¿Cómo habéis sufrido por tanto tiempo mis enormes ingra-

¹ Isai., xiv, 15: II Petr., ii, 4: Apoc., xii, 9. — ² Ezech., xxvii, 13.

³ Luc., x, 18.

titudes? Ya no quiero llamarme Dios de las venganzas, sino Padre de las misericordias, pidiéndoos humildemente que continuéis teniéndola de mí, perdonando mis pecados, y librándome del infierno que he merecido por ellos. ¿Reconocemos la ingratitud que hemos tenido con Dios? ¿Le serviremos en adelante con mayor fidelidad?

Punto 2.^o *Pecado y castigo de los primeros padres.*—En este punto has de considerar el pecado de Adán y Eva¹, y el castigo que por él les fué impuesto á ellos y á todos sus descendientes. Pondera primeramente la infinita largueza de Dios en llenar de beneficios á nuestros primeros padres, porque, no sólo los crió á su imagen y semejanza, y los adornó de su divina gracia, comunicándoles la integridad de la naturaleza, sino que crió para ellos un amenísimo jardín lleno de belleza y de suavísimos frutos, dió el ser á innumerables vivientes que les sirviesen, alegrasen y ayudasen, y puso todas las cosas visibles bajo su imperio. ¡Qué bondad! Con todo, Adán y Eva fueron tan ingratos con su Bienhechor, que, con no haberles impuesto más que un precepto, éste quebrantaron; porque, seducida Eva por el demonio, que se le presentó en figura de una astuta serpiente, comió de la fruta vedada, y la alargó á Adán, quien, por no disgustarla, también comió, injuriando con esto á su Criador, y haciéndose merecedores de la muerte y de todos los demás castigos, incluso el infierno. Pondera luego la severidad y rigor con que fueron castigados por Dios; porque al momento que pecaron se les presentó, y después de haberles severamente reconvenido, echólos del paraíso, quitóles la justicia original, sujetólos á todas las enfermedades y á la muerte; y en estos espantosos males incurrimos todos sus hijos, naciendo hijos de ira² y sujetos á innumerables miserias. Reflexiona que si por un solo pecado, cometido en un instante, por instigación del demonio, tus primeros padres fueron tan terriblemente castigados por un Dios infinitamente justo, sabio y santo, ¿qué merecerás tú, que has cometido tantos, y con tanta deliberación y por pura malicia? ¡Oh Rey de las gentes³! ¿quién no os temerá, contemplando y experimentando vuestro espantoso rigor? ¡Oh pecado, cuán pesado y dañoso eres para mí⁴! Tú me quitas la gracia, me robas las virtudes, me echas del paraíso, me condenas á muerte eterna, turbas el reino de mi alma llenándole de innumerables miserias. ¡Oh alma! ¿osarás todavía cometer el pecado? ¿Serás ingrata con Dios?

Punto 3.^o *Castigo de algunos que se han condenado por un solo pecado.*—En este punto has de bajar con la consideración al infierno, en donde encontrarás algunas almas que están allí ardiendo por un solo pecado: unas por un perjurio, otras por un pensamiento deshonesto consentido, y otras por otro de

¹ Genes, ii, 6. — ² Ephes. ii, 3. — ³ Jerem., x, 7. — ⁴ Psalm. xxvii, 5.